

"EL MERCURIO".

Luis Oyarzún.

Arte y Escultura.

18 de mayo de 1963.

Santiago. Chile.

ESCULTURAS DE SERGIO CASTILLO

Las esculturas recientes de Sergio Castillo traen consigo esplendores dentados, fulguraciones rotas que parecen subir, recién fraguadas, de algún taller plutónico de refinados orfebres subterráneos. Poseen la densidad del metal que no intenta disimular su peso, su lentitud de acordes sordos. Hasta sus móviles oscilan graves en el silencio oscuro, péndulos para otra duración que la nuestra.

Sergio Castillo trabaja con la calmosa concentración de los artesanos de todos los tiempos y como ama sus materiales, puede crear con rapidez y con bien saboreado y bien esforzado gozo sus joyas macizas, suntuosas y firmes sobre sus pies. Sus formas suelen ser duras, no sin cierta crueldad, como los filones crispados de las minas o desechos de las fundiciones. Pero tienen la rotundidad del entendimiento plástico y hablan su lenguaje abisal con sílabas puras que son también soles, engranajes, espuelas, laberintos, traspasados de la angustia contemporánea, como si quisieran hablar y no pudieran, como si quisieran ascender y fallaran. El mismo vacío es aquí más bien oquedad de cavernas, contorsión barroca, tentativa de plenitud material.

Castillo goza creando de la casi nada, que son las cosas humanas en abandono, una nueva materialidad sensual que vuelve a humanizarlas con el soplo imprevisible de la naturaleza. Aquello que fue "gastado, usa-

do, visto" -estos clavos, estas limas, estas llantas vencidas-, "estos objetos

inventados por el olvido", se hacen otra vez utensilio y presente, adorno en muro, figura entre mueble, cosa para mirar y marear con su apariencia la extrañeza siempre perdida y ganada de las cosas.

Sus esculturas son táctiles y visuales, como la tierra, como las obras de la tierra. No son de aire ni de luz ni de agua. No son visiones celestes. Son criaturas de la mayor solidez terráquea, metales lamidos por el fuego que los retuerce, los suaviza, los arruga y la misma tierra los colorea, en un segundo nacimiento, con óxidos, herrumbres y sales que los reverdecen como el líquen a las rocas.

Y, claro, nada de lo humano deja de poblarse de rostros. La tierra del hombre está garabateada de ojos, piernas, pechos, cabbelleras y de este azar de escultor vulcánico que opera con el fuego salen gnomos, homúnculos, duendes de las profundidades ígneas. El metal enternecido por el fuego reflorece en al tierra.

Sus imágenes parecen engendradas por el sueño de una montaña y con eso comprueban que no es la menor virtud del arte penetrar con su propio delirio, realizado en la imaginación manual, por las criptas mudas del espesor sin nombre, para inscribir y fundar en él nuevas palabras, soterrados cantos.